

VER:

En los grupos de formación, hablando de las relaciones con los hijos, en varias ocasiones ha salido el tema de la especial relación que una madre tiene con sus hijos, algo que los varones no pueden llegar a comprender plenamente. “Si fueras madre, lo entenderías”, suelen decir, porque la experiencia de llevar en su seno al hijo, y de dar a luz, es algo que por mucho que se pueda estudiar o describir, hay que vivirlo para experimentarlo en toda su plenitud, y que perdura para siempre. El Papa Juan Pablo II, en su carta apostólica *Mulieris dignitatem* ya decía (18): El humano engendrar es común al hombre y a la mujer (...) Sin embargo, aunque los dos sean padres de su niño, la maternidad de la mujer constituye una «parte» especial de este ser padres en común, así como la parte más cualificada. Aunque el hecho de ser padres pertenece a los dos, es una realidad más profunda en la mujer. La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer.

JUZGAR:

Hoy, primer día del año, estamos celebrando la fiesta más antigua en honor de la Virgen en la liturgia romana: María, Madre de Dios, la fiesta que da sentido a las demás fiestas y advocaciones que damos a la Virgen María.

Y celebramos esta fiesta de la maternidad divina de María dentro de la nueva evangelización a la que todos estamos convocados, y que el Papa Francisco ha impulsado con su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. En ella se refiere a María como La estrella de la nueva evangelización, afirmando (284): Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora, y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva Evangelización. Y señala (285) la íntima conexión entre María, la Iglesia y cada fiel, en cuanto que, de diversas maneras, engendran a Cristo.

Por eso, del mismo modo que María es Madre de la Iglesia, nosotros, hombre y mujeres, como Iglesia que somos, estamos llamados a “engendrar a Cristo”. El Papa se refiere a la Iglesia como una Madre de corazón abierto (46-49), y nos invita a vivir la experiencia de la “maternidad espiritual”, porque (139) la Iglesia es madre y predica al pueblo como una madre que le habla a su hijo, sabiendo que el hijo confía que todo lo que se le enseñe será para bien porque se sabe amado.

Esto de la maternidad espiritual no debería sonarnos a nuevo. También en *Mulieris dignitatem* (21), el Papa Juan Pablo II se refería a una maternidad en sentido diverso: la maternidad «según el espíritu». Y decía que la maternidad espiritual reviste formas múltiples. Dicha maternidad se podrá expresar como solicitud por los hombres, especialmente por los más necesitados: los enfermos, los minusválidos, los abandonados, los huérfanos, los ancianos, los niños, los jóvenes, los encarcelados y, en general, los marginados.

Son múltiples los ámbitos en los que podemos desarrollar nuestra maternidad espiritual, y podemos hacerlo porque el mismo Espíritu que fecundó a María nos hace fecundos a nosotros. El Espíritu Santo actuó en Ella, y Ella no opuso resistencias, y así fue Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre nuestra. Nosotros debemos estar alerta de las resistencias que ponemos al Espíritu Santo, porque tenemos que dejarnos fecundar por el Espíritu para ejercer nuestra maternidad espiritual.

ACTUAR:

En estos momentos de nuestra Historia, ante tantos retos y desafíos en nuestra misión evangelizadora, debemos desarrollar nuestra maternidad espiritual, y María, la Madre de Dios, nos señala el camino para ser Iglesia, para mantenernos en la comunión, unidos en torno a Ella pero unidos con los hermanos, haciendo que la Iglesia sea esa Madre de corazón abierto que el Papa Francisco pide que seamos.

Por eso, contemplando a María como Madre de Dios, nos unimos al Papa en esta petición que aparece al final de *Evangelii gaudium* (288): Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo.